

“TITULESCU Y AMERICA LATINA”

Por ADRIÁN NASTASE*

Los dos términos del tema que me propongo a desarrollar son sumamente polisémicos. La gloria de Titulescu era ya plural y legendaria durante su vida (1882-1941) y hoy es, creo, nuevamente proliferante. La América de los años 1930-1940 se encontraba en la situación de desconcierto y esperanza del gigante que empieza a despertarse del período colonial y caudillista. Que me sea permitido, pues, definir brevemente a los dos protagonistas complejos de mi exposición.

Tenemos todas las razones de creer que, en la historia del mañana de la diplomacia europea y mundial, Titulescu será la figura dominante, comparable a Talleyrand, por el sentir y por los principios morales, y a Metternich por la fuerza de anticipar el futuro. Por el momento, los exégetas lo consideran, con justa razón, un ser extraordinario, por la vocación de la primacía: jefe de promoción de la Facultad de Derecho de París donde obtiene el doctorado en 1902, eminente profesor de Derecho Civil en la Universidad de Bucarest, brillante diplomático y ministro del exterior, durante 14 años (hasta 1936, cuando es alejado por el Rey Carlos II), irresistible orador de la Sociedad de las Naciones y presidente, durante dos años, del más alto foro del mundo, de 1931 a 1932. Era extraordinaria también su inteligencia inventiva, inagotable, abrumadora, rigurosa y flexible, analítica y sintética, que encantaba a Pul Valéry, Aristide Briand, Edouard Herriot. Extraordinario por el coraje de someter las relaciones internacionales a los mandatos morales y al reinado del derecho, tal como fue el caso de las sanciones en contra del fascismo agresor en Abisinia.

Asimismo, su singular estructura humana, unión de alegría y vulnerabilidad, contestando con una sonrisa a una salud débil y a una enfermedad misteriosa, intermitente.

La extraordinaria muerte del hombre en 1941, en la Francia vencida, perseguido por las potencias del Eje, pobre, abandonado, así como la resurrección victoriosa de su ideal político —la paz universal y la construcción europea unitaria— después del derrumbe del comunismo en su país y en toda la Europa Central y Oriental.

En cuanto a la América Latina, el desarrollo de la fórmula que he propuesto se encuentra en las obras de algunos historiadores venezolanos con la autoridad

* Ministro de Asuntos Exteriores de Rumania.

de los profesores J. L. Salcedo-Bastardo y Guillermo Morón, Presidente de la Academia Nacional de Historia de Venezuela.

Al emplear un lenguaje cordial y familiar, como Titulescu mismo acostumbraba hacerlo en circunstancias que le implicaban personal y afectivamente, puedo decir que las relaciones del gran hombre de Estado y diplomático rumano con la América Latina fueron recíprocamente reveladoras, teniendo en ellas algo del intercambio de confianza y de confidencias que hacen sólo los verdaderos amigos, los camaradas de lucha y los seres enamorados.

En cuanto a Titulescu se refiere, estas relaciones nos revelan el concepto central y, por consiguiente, ofrecen la clave para entender su pensamiento político: la integración ascensional, la vocación de la universidad, la voluntad de construir una comunidad internacional sin subordinaciones y exclusivismos, abierta y generosa, pero, también, organizada y eficiente. A la vez, el establecimiento de estos vínculos hace aparecer de forma evidente la capacidad humana de nuestro brillante diplomático de servir la causa de la paz mediante la amistad, el afecto y ¿por qué no?, por el amor, capacidad decisiva en todos los dominios de la vida, inclusive en el de las relaciones internacionales. Efectivamente, cuando Titulescu enfoca, aunque de paso, incidentalmente, el tema o los temas latinoamericanos, sus discursos, las declaraciones y los informes adquieren el tono cálido de la conversación entre buenos amigos, y a los argumentos lógicos, convincentes se les añaden las explicaciones contagiosas del corazón, porque se sabe de Pascal —“*Le couer a ses raisons...*”.

En cuanto a la parte latinoamericana, las relaciones ponen de relieve un hecho constante, particularmente valioso: los interlocutores de Titulescu le responden con un entusiasmo espontáneo y una entrega de estima y simpatía, típicamente latinas. Porque la latinidad común, entendida como mentalidad y como conjunto de valencias espirituales, es la base del profundo y fructífero encuentro entre el representante de Rumania y de su política con los países desde el Río Grande del Norte hasta la Tierra del Fuego. Alrededor de la latinidad se tejó una red de concordancias, solidaridades, acciones comunes y reciprocidades institucionalizadas que entraron en un lugar de honor en la historia de las relaciones diplomáticas de la época de entreguerras.

Utilizando un lenguaje solemne, con inevitables reverberaciones en la historia, debo decir que las relaciones entre Rumania y América Latina, desarrolladas bajo la égida y los empeños de Nicolae Titulescu, constituían un ejemplo de modelado de la vida internacional y una alternativa benigna —de haber sido asumida y generalizada— a la agresión, guerra y totalitarismo. La adhesión de nuestro país, así como de otros 32 Estados al Pacto de No-Agresión y Conciliación, nombrado Pacto Saavedra-Lamas, habría podido, si atraía la adhesión de la otra América, la del Norte, apartar la timidez de las democracias occidentales frente a las fuerzas agresivas, habría conjurado la segunda conflagración mundial e impuesto los puntos principales del ideal político de Titulescu: en el interior, la plena instauración del Estado de Derecho, democrático y, en el exterior, el respeto a la legalidad internacional.

El fin de la guerra fría, la disolución de los bloques ideológicos, la realización de una seguridad y colaboración a escala progresiva —la consigna de Titulescu era “desde lo nacional, por lo regional, hasta lo universal”—, el establecimiento de un orden internacional coherente, sin centros contrastantes —todos estos principios y direcciones de acción que hoy proclamamos, y por los cuales luchamos— estaban presentes en las relaciones entre los Estados latinoamericanos y los países europeos, agrupados en la Pequeña Entente y la Entente Balcánica, que se encontraban prácticamente bajo la influencia del pensamiento y la acción de Titulescu.

Si consideramos estas relaciones a la luz de los hechos concretos y de los textos en que ellas se han cristalizado, nos asombra la actualidad de cada elemento componente y de cada logro, así como de sus virtudes prospectivas, de su valor común incentivo y ejemplo para el futuro.

En la visión global que tenía Titulescu sobre la vida internacional, América Latina tenía, en el marco de la Liga de las Naciones, y en la ausencia de los Estados Unidos, el papel abrumador de asegurar la universalidad y la indivisibilidad de la paz. En el pensamiento de Titulescu, la vitalidad y los recursos del Nuevo Mundo, concordantes con la experiencia —por supuesto, disciplinada— y con la sabiduría —por cierto, timorata— de Europa, integraban una “imago mundi” sobre la cual se podía construir la seguridad y solidaridad de la humanidad, en libertad y dignidad. Con una metáfora prestada del célebre poema “Canto a Bolívar” de José Joaquín Olmedo, “los gigantes Andes habrían equilibrado el peso del mundo”, Titulescu sentía y pensaba —política, moral y humanamente— la necesidad de este peso equilibrado.

He aquí un fragmento del acta de la sesión del Consejo de la Sociedad de las Naciones del 20 de junio de 1936: “El Señor Titulescu tiene y ha tenido siempre para con los Estados de América Latina un sentimiento de cordial amistad, de profundo cariño nunca desmentido, ya que precisamente gracias a los latinoamericanos se puede hablar de la universalidad de la Sociedad de las Naciones”. La misma presencia mundial necesaria y equilibrada era solicitada y saludada en la Comisión para Cooperación Intelectual de la Liga, con la sede en Niza, por la eminente poetisa Elena Vacarescu, la delegada de Rumania.

En definitiva, no se trataba de una simple presencia, sino de una activa y múltiple colaboración en todos los asuntos de la competencia de la Sociedad de las Naciones que era, conforme al Pacto, extremadamente amplia. Subrayando esta solidaridad concreta en el acta, nuestro ministro del exterior manifestaba en 1935, en Bucarest, ante los periodistas latinoamericanos:

“Abran ustedes las actas de la Liga de las Naciones. Son numerosas. Algunos dicen que demasiado numerosas. Escojan cualquier cuestión estudiada en nuestros debates. Desafío a cualquiera que encuentre un solo problema que demuestre que Rumania y los Estados latinoamericanos no hayan votado de forma idéntica. Y esto, sin previa consulta”.

Si escucháramos a Titulescu y echáramos una mirada sobre las diversas manifestaciones de apoyo y acciones de cooperación, retendríamos la declaración ruma-

na en relación con la conclusión de un acuerdo entre el Perú y Chile en la 55ª sesión del Consejo de la Liga de las Naciones, en el cual, el jefe de nuestra diplomacia afirmaba: “Todo lo que concierne a América Latina está seguido en mi país con una afectuosa simpatía, que nunca se desmintió y que muestra una comunidad de la raza y de aspiraciones incuestionables.

“El Gobierno real de Rumania se siente doblemente feliz de que la paz hizo un paso adelante y que este paso se debe a los esfuerzos de dos naciones amigas y hermanas”.

Para destacar el entendimiento rumano-latinoamericano, Titulescu no vacilaba en utilizar toda la gama de medios, desde la declaración solemne, como la de más arriba, hasta el comentario espiritual de algún hecho significativo de la historia no escrita de la Liga. En una cena ofrecida en 1935 en honor de los diplomáticos y los periodistas latinoamericanos, en Bucarest, Titulescu evocó la opinión del presidente Aristide Briand sobre el inseparable “andar juntos” de Rumania y América Latina. Tenía que ser redactada una resolución sobre un asunto delicado, sobre el cual parecía improbable que se lograra la mayoría. Bromeando, Titulescu propone que se resuelva la dificultad introduciéndose en el texto las palabras mágicas: “los pilares de las resoluciones: en principio, eventualmente, sin embargo y en la medida de las posibilidades”. Briand responde a la sonrisa con otra sonrisa: “Habría otro camino. El de hacer una Sociedad de las Naciones sólo con los Estados de la América del Sur y con usted; ustedes marchan siempre juntos. Pero como ello resulta imposible hagan la resolución que os pido y saldremos de la dificultad”. Y han salido.

El dominio de la colaboración leal e indeclinable se extendió desde los acontecimientos internacionales de una excepcional gravedad, como fue la agresión militar de Italia fascista en Abisinia, en 1935, o la ocupación de la zona desmilitarizada de Renania por las tropas hitlerianas, en 1936, cuando Titulescu y su homólogo argentino, Carlos Saavedra Lamas, se pronunciaron en contra de estas violaciones de la legalidad internacional, hasta el apoyo recíproco de candidaturas en diversos organismos internacionales.

Titulescu hizo recomendaciones calurosas para la Corte Internacional de Justicia de La Haya y para el Premio Nobel de la Paz a favor del ministro argentino Saavedra Lamas y respectivamente del profesor brasileño Afrabio de Mello Franco.

En este orden de apreciaciones mutuas, me resulta sumamente grato evocar aquella que vino —¡feliz coincidencia!— de parte de un venezolano, César Zumeta, representante de su país ante la Sociedad de las Naciones, que saludó la elección de Nicolae Titulescu para la máxima dignidad como Presidente de la Asamblea de la XI reunión de la Liga. La elección, dijo César Zumeta, es “el testimonio de la simpatía que su persona se ha ganado entre nosotros” y, también, “un homenaje rendido a sus altas cualidades personales y a los sentimientos con que ha colaborado, durante tantos años, en las labores de la Sociedad de las Naciones”.

Con esto llegamos al segundo punto de apoyo, el de los puentes que Titulescu y sus socios americanos construyen sobre el océano: la latinidad. Con sagacidad y certeza lógica, él elimina la interpretación racial del concepto, considera las dife-

rencias substrato y abstrato como factores de enriquecimiento étnico y ofrece a la latinidad un carácter mental y una tendencia valórica, similares o incluso idénticas en ambos casos, rumano y latinoamericano. En sus notas redactadas en 1937 sobre la política exterior de Rumania, que había dirigido efectivamente durante 14 años, Titulescu puntualiza: "No creo en la raza desde el punto de vista biológico. Lo que he comprobado a raíz de mi colaboración con los Estados de América Central y del Sur me concede el derecho de decir que si por raza se entiende una mentalidad determinada, podemos afirmar que nuestra mentalidad y la mentalidad latinoamericana son idénticas, la única diferencia consiste en el hecho de que el suramericano (Titulescu piensa probablemente en el componente indígena de comportamiento) es más taciturno que el rumano".

En estas notas, como también en muchos otros textos de Titulescu, la afirmación fundamental, el concepto principal, tienen significados latentes, una clase de sonidos armónicos, que necesitan ser escuchados. En el fragmento citado se encuentran, de modo implícito, el orgullo de la latinidad y el don de valorarla artística y culturalmente, elementos también muy cercanos a las dos partes. Y, como de costumbre, Titulescu tiene razón. Hay un timbre común y similitudes ciertas de modelo humano entre los valores culturales que le confiere a la cultura universal, por un lado, la narración latinoamericana de hoy por sus grandes protagonistas y, por otro, la poesía folklórica rumana o la culta, culminando con el genio del poeta nacional Mihai Eminescu.

En la institucionalización de estas relaciones rumano-latinoamericanas Titulescu tiene méritos particulares. A él se le debe el establecimiento de relaciones diplomáticas y la creación de legaciones en serie, en dos años (1934-1935) en la Argentina, Chile, el Uruguay, Venezuela y, poco antes o después, en el Brasil y México.

La institucionalización adquiere relieve y consecuencias sobre todo por el hecho de que la misma coincide, en lo que a Rumania se refiere, con el punto culminante del desarrollo democrático y florecimiento cultural, y en cuanto a América Latina, con el comienzo de una nueva época de modernización y de afirmación de la conciencia de su propia especificidad. Los primeros efectos benéficos de la institucionalización no tardaron en producirse: acuerdos culturales, artículos de prensa, viajes de científicos, como el del renombrado neurólogo rumano, el profesor Gheorghe Marinescu, a la Argentina.

Desgraciadamente, durante la segunda guerra mundial y bajo la presión del gobierno hitleriano, los vínculos fueron interrumpidos. Ellos habían de ser reanudados en los años 60 con creciente ímpetu por parte del público y de los hombres de cultura, pero con los límites inherentes del régimen comunista de aquel entonces.

Enfocados en su etiología y deontología, los vínculos con los países latinoamericanos proporcionan importantes conclusiones.

Ellos ponen en relieve, en primer término, una causalidad profesional. Fueron posibles, y se proyectaron sobre el telón de fondo de una diplomacia dirigida con brillantez, continuidad y consecuencia por Nicolae Titulescu. La política exterior concebida y perseguida por él implicaba abnegación personal, criterio valórico en la selección del personal, el rechazo a la desavenencia y particularismo ideológico,

la colocación en la gran línea del interés nacional, por encima de la discordia partidista.

En el segundo lugar, este fenómeno de acercamiento y de comprensión entre el pueblo rumano y los pueblos latinoamericanos tendía, como finalidad ideal, a la confirmación y el florecimiento de la suprema meta de la política exterior rumana que, recientemente, con motivo de la conmemoración en Bucarest de los 50 años de la muerte del gran hombre de Estado, lo definiríamos por una correlación esencial: ubicar a Rumania en Europa y en el mundo, en su lugar y con sus atributos inalienables, pero también ubicar en Rumania los valores y las exigencias de Europa y de todo el mundo.

Hoy, más que otras veces, está vigente este imperativo de Titulescu, a quien con devoción y gratitud permaneceremos fieles.

Caracas, 10 de julio de 1991.